



jos de abandonar sus pretensiones á la regencia, era su designio el volver á reclamarla, así como también el rescatar á su hija del cautiverio en que la tenían, tan pronto como se hallara en estado de poderlo hacer. Dió, por último, complemento á esta serie de inconsecuencias, dirigiendo una carta circular con fecha 1.º de Junio á los diferentes puntos del reino, haciendo saber su renuncia del gobierno en favor de Felipe y doña Juana, y declarando que, á pesar de sus derechos y facultades para lo contrario, tenía ya muy de antemano resuelto el hacerlo así tan pronto como sus hijos hubieran llegado á España.

No es fácil explicar este monstruoso tejido de contradicciones y disimulo por motivo alguno de necesidad ó conveniencia. ¿Por qué causa, despues de haberse mostrado dispuesto á levantar el reino en favor de su hija, confesó así públicamente su imbecilidad, y depositó todo el poder en manos de Felipe? ¿Fué para atraer sobre éste el odio general animándole á un acto que sabia muy bien habia de disgustar á los castellanos? Don Fernando, sin embargo, por este mismo hecho compartia con él la responsabilidad. ¿Fué movido por la esperanza de que este poder ilimitado é indiviso, en manos de una persona tan precipitada é imprevisora, sirviera tan sólo para su más pronta ruina? En cuanto á su protesta reservada, su designio era manifestamente preparar un pretexto plausible para reclamar más adelante sus derechos á la regencia, fundándose en que sus concesiones habian sido arrancadas por la fuerza; pero áun así, ¿para qué neutralizar los efectos de esta reserva, por la declaracion hecha espontáneamente en su manifiesto al pueblo, de que su abdicacion, nos ólo era un acto libre, sino también muy deliberado de antemano? Movióle, indudablemente, á ésta manifestacion el deseo de cubrir algun tanto la humillacion de su derrota; pero era muy ténue el velo para que pudiera engañar á nadie. El conjunto de todos estos actos es de un carácter tan ambiguo, que

manifiesta la intervencion irremediable de sus hábitos de disimulo, que estaban en él demasiado arraigados para que pudiese resistirlos, áun cuando ninguna necesidad tenía de ponerlos en ejercicio: muchas veces hallamos en los negocios ménos importantes de la vida privada, ejemplos de esta misma pasion por inútiles intrigas.

Despues de estos sucesos, se celebró una nueva entrevista á 5 de Julio, entre el rey don Fernando y Felipe, en la cual consiguió el primero de su yerno, que se tributasen en público las consideraciones y respetos que el decoro exigia, y se dieran muestras exteriores de una reconciliacion cordial, que ya que no bastaran para alucinar al pueblo, encubrieran al ménos con un velo decoroso la separacion que iba á efectuarse; pero áun en esta ocasion fué tal la desconfianza y temor que de él se tuvo, que no se permitió á aquel desgraciado padre ver y abrazar á su hija antes de su partida.

En medio de tan duras pruebas, dice su biógrafo, el rey conservó aquella tranquila serenidad que tan bien decia con la dignidad de su categoría y de su carácter personal, y que tanto contrastaba con la conducta de sus enemigos. Por mucho que sintiera el abandono de un pueblo que habia gozado de las dulzuras de la paz y del bienestar bajo su gobierno durante más de treinta años, no manifestó señal alguna exterior de descontento; por el contrario, se despidió de los nobles reunidos con expresiones de la mayor atencion, recordando afectuosamente los servicios que en otro tiempo le prestáran, y procurand dejar en ellos una impresion agradable, que borrara la memoria de las últimas diferencias. El circunspecto monarca preveia, indudablemente, que llegaría el dia de su vuelta: este suceso no parecia, en efecto improbable, y habia otras varias personas pensadoras, á más de don Fernando, que en el oscuro horizonte que las cosas presentaban, veian abundantes y seguras señales de una pronta revolucion.

CAPITULO XLV.

Cuarto viaje de Colon.—Su regreso.—Recibe la noticia de la muerte de doña Isabel.—Enfermedad del Almirante.—Su presentacion en la córte.—Injusto tratamiento que recibe de don Fernando.—Decaen su salud y su ánimo.—Su muerte.—Su persona y cualidades.—Su entusiasmo.—Nobleza de su carácter.

Mientras que se sucedian los acontecimientos referidos en el principio del anterior capítulo, Cristóbal Colon regresaba de su cuarto y último viaje, el cual habia sido una serie no interrumpida de desengaños y desastres. Despues de haber salido de la Española, y de haber sido arrojado por las tormentas á las inmediaciones de la isla de Cuba, atravesó el golfo de Honduras, y costeó las márgenes de aquellas doradas regiones que por tanto tiempo habian halagado su imaginacion; pero aunque los naturales le invitaron á que penetrase en los senos interiores de aquel mundo occidental, fueron vanas sus instancias, y siguió su rumbo hácia el Sur, ocupado entónces solamente en el grande objeto de descubrir un paso para el Océano de las Indias. Por último, despues de haber adelantado con gran dificultad algun tanto mas allá del cabo de Nombre de Dios, se vió Colon obligado, por el furor de los elementos y los murmullos de su gente, á retroceder, abandonando su empresa: vió despues frustrado su intento de establecer una colonia en Tierra Firme, por la ferocidad de los naturales: persiguióle la desgracia en la isla de Jamáica, en donde le tuvo detenido por más de un año, la malicia de Ovando, el nuevo gobernador de Santo Domingo, y finalmente, habiendo vuelto á embarcar con su quebrantada tripulacion en un buque fletado á sus expensas, despues de sufrir en la travesía terribles y continuas tempestades, logró dar fondo á 7 de Noviembre

de 1504 en el pequeño puerto de Sanlúcar, á unas dos leguas de Sevilla.

En este tranquilo puerto esperaba Colon encontrar el reposo que tanto necesitaban su quebrantada salud y su espíritu decaido, y obtener también de doña Isabel una restitucion pronta y cumplida de todos sus honores y rentas; pero allí era donde habia de experimentar el desengaño más cruel. Cuando llegó, se hallaba la reina en su lecho de muerte, y á los muy pocos dias el Almirante recibió la desconsoladora nueva de que la amiga en cuya enérgica y eficaz proteccion tan confiadamente descansaba, ya no existia. «Terrible fué este golpe para sus esperanzas, porque siempre habia encontrado en ella favor y amparo, dice su hijo Fernando, al paso que el rey, no sólo se habia manifestado indiferente, sino abiertamente contrario á sus intereses.» Muy bien puede creerse que un hombre del carácter frio y prudente del monarca español, no podria comprender con facilidad el fogoso y exaltado genio de Colon, ni disimularle sus extravagantes exageraciones, y si bien es cierto que no hemos encontrado hasta ahora cosa alguna que justifique el duro lenguaje de su hijo, hemos visto, sin embargo, que el rey desconfió desde su principio de los proyectos del almirante, como algun tanto vanos y quiméricos.

La aficcion de Colon al saber la muerte de doña Isabel se halla pintada con los más vivos colores en una carta que escribió poco des-



pues á su hijo Diego. «Nuestro principal deber, dice en ella, es el de rogar á Dios con la más ferviente devoción por el alma de nuestra señora la difunta reina. Su vida fué siempre católica y virtuosa, y pronta para cuanto pudiera redundar en su santo servicio, y debemos, por lo tanto, confiar que está ya en la gloria, lejos de todas las penas de este mundo miserable.

Colon, por este tiempo, se hallaba tan molesto por la gota, que hacia tanto le aquejaba, que no pudo emprender durante aquel invierno su viaje para Segovia, en donde la corte residía; pero no perdió el tiempo, sin embargo, en hacer presente al rey su triste situación, por medio de su hijo Diego, que estaba empleado en la real casa. Manifestó sus servicios pasados, las cláusulas de la capitulación que con él se hizo, la infracción de casi todas ellas, y sus presentes necesidades; pero don Fernando se hallaba entonces muy ocupado en sus negocios personales para que atendiese á los del Almirante, el cual se queja repetidas veces por la poca consideración que habían merecido sus instancias. Por último, á principios de la primavera, habiendo obtenido Colon una dispensa de la pragmática que prohibía el uso de las mulas, pudo llegar á Segovia, haciendo jornadas cortas, y presentarse al rey, en Mayo de 1505.

Recibióle D. Fernando con las mayores muestras de cortesía y estimación, y le aseguró, además, «que apreciaba en lo que valían sus importantes servicios, y que lejos de limitar su recompensa á los términos precisos de la capitulación, tenía pensado dispensarle más amplios favores en Castilla.»

Los hechos, sin embargo, no correspondían á estas ofertas halagüeñas; y el rey, probablemente, nunca pensó reponer al almirante en su gobierno. Su sucesor Ovando estaba en gran favor con el monarca: su administración, aunque nada buena para los indios, era muy agradable á los colonos españoles, y hasta la opresión misma que sobre los pobres naturales ejercía era en extremo favorable á su causa, porque le permitía enviar al tesoro real cantidades mucho mayores que las que bajo el gobierno más humano de su antecesor ingresaran en él.

Los sucesos del último viaje, por otra parte, no habían contribuido de modo alguno á disipar la desconfianza que abrigaba D. Fernando con respecto á la capacidad del almirante para el gobierno; porque su gente había estado en continua insubordinación, y además, la carta que dirigió á los soberanos desde Jamáica, escrita bajo las circunstancias críticas en que á la sazón se encontraba, manifestaba tal aspecto de abatimiento, y á las veces proyectos tan vanos y quiméricos, que era muy á propósito para infundir sospechas de que su mente se enajenaba en ocasiones.

Pero sean las que quieran las razones que pudo haber para no restablecer á Colon en el gobierno, fué la mayor injusticia el privarle de las rentas que le aseguraba su tratado con la corona; y según su propio aserto, tan lejos estaba de recibir la parte que le correspondía de las cantidades enviadas por Ovando, que se vió precisado á tomar dinero prestado, y á contraer grandes deudas para atender á sus gastos más precisos. La verdad es que los países descubiertos principiaban á aumentar considerablemente sus rendimientos, y que D. Fernando sentía gran repugnancia en cumplir á la letra lo pactado, porque juzgaba la recompensa muy excesiva y desproporcionada á los servicios de su súbdito; y así fué, que llegó su poca generosidad hasta el punto de proponer al almirante que cediese sus derechos en cambio de otros Estados y dignidades que se le asignarían en Castilla. Esta proposición demostraba ménos conocimiento del carácter de las personas que el que solía el rey tener; porque el hombre que tan bruscamente rompiera las negociaciones al principio de una empresa dudosa, más bien que rebajar en lo más mínimo sus demandas, era natural que nunca consintiese en semejante cesión, ahora que aquella empresa se había llevado ya á cabo de un modo tan glorioso.

No consta qué asistencias recibiera Colon de la corona, por aquel tiempo, ni si se le dieron algunas; pero continuó residiendo en la corte, á la que acompañó á Valladolid cuando se trasladó á esta ciudad. Es indudable que gozaba de la consideración pública que á su alta reputación y extraordinarias hazañas se debía; pe-



ro el monarca podía mirarle bajo el desagradable aspecto de un acreedor, cuyas reclamaciones eran demasiado justas para negadas, aunque demasiado grandes, sin embargo, para satisfacerlas.

Quebrantado el ánimo por desagrado tal á sus servicios, debilitada su vigorosa naturaleza por una vida de continuas fatigas, Colon desfallecía rápidamente á los graves y repetidos ataques de su penosa enfermedad. A la llegada de Felipe y de doña Juana, les dirigió una carta por medio de su hermano Bartolomé, en la cual se lamentaba de que su mal no le permitiese tributarles personalmente sus respetos, y les ofrecía sus futuros servicios; pero aunque su carta fué benignamente acogida, no sobrevivió el Almirante para ver á sus jóvenes monarcas.

Los estragos causados por la enfermedad no hicieron, sin embargo, mella en su vigoroso espíritu, y el 19 de Mayo de 1506 otorgó un codicilo, que confirmaba cierta disposición testamentaria que anteriormente tenía hecha, con referencia, especialmente á la vinculación de sus Estados y dignidades, manifestando así, en sus últimos momentos, la misma cuidadosa solitud que durante toda su vida tuviera, de perpetuar un nombre ilustre. Hechas estas disposiciones con la mayor tranquilidad, exhaló su último aliento al día siguiente, 20 de Mayo de 1506, que era el de la Ascension de Nuestro Señor, con pocos dolores al parecer, y con la mayor resignación cristiana. Sus restos mortales, que se depositaron primero en el convento de San Francisco de Valladolid, fueron trasladados, seis años después, al monasterio de la Cartuja de las Cuevas de Sevilla, en donde el rey D. Fernando le hizo erigir un soberbio mausoleo con la memorable inscripción:

Á CASTILLA Y Á LEON
NUEVO MUNDO DIÓ COLON;

«lo cual, dice su hijo Fernando, con tanta verdad como sencillez, nunca se dijo de hombre alguno, ni en los tiempos antiguos ni en los modernos.» Desde este sitio se trasladó su cuerpo, en el año 1536, á la isla de Santo Domingo, teatro de los primeros descubrimientos del

Almirante; y cuando se cedió esta isla á los franceses en 1795, fué nuevamente removido y llevado á Cuba, donde reposan hoy tranquilamente sus cenizas en la iglesia catedral de la capital de esta isla.

Grande es la incertidumbre en que se está acerca de la edad de Colon á su muerte, si bien es lo más probable que no distaba mucho de los setenta años. Su hijo nos ha dejado una minuciosa descripción de su persona: era alto y bien formado, de ancha frente y despejada, nariz aguileña, ojos pequeños y garzos, buen color y pelo rubio, aunque los continuos viajes y exposición á la intemperie habían tostado su tez y encanecido sus cabellos antes de la edad de treinta años. Su presencia era majestuosa, y mucha la dignidad, y al mismo tiempo la afabilidad de sus maneras; su conversación afuente y aún elocuente á veces, y templado generalmente su carácter, si bien se exaltaba en ocasiones por efecto de su exquisita sensibilidad. Parco en el comer, gustaba también muy poco de diversiones de ninguna especie; porque ciertamente el gran proyecto á que consagrara su vida entera, absorbía demasiado su atención para que ésta pudiera fijarse en los mezquinos objetos y frívolos placeres á que se entrega el vulgo de los hombres. Su imaginación, á la verdad, consagrada exclusivamente á sus elevados planes, adquirió una exaltación extraordinaria, que le hacía sobreponerse á las tristes realidades de la vida; y esto fué lo que le hizo empeñarse en combatir obstáculos que al fin eran invencibles, y pintar el porvenir con aquellos magníficos colores que muy á menudo se desvanecieron como el humo.

Este estado exaltado de su espíritu fué indudablemente, en parte, resultado de las circunstancias particulares de su vida, porque la gloriosa empresa á que diera cima, había casi justificado su convicción de que obraba bajo la influencia de alguna inspiración más elevada que la razón humana; y fué lo que le movió en su religioso entusiasmo á encontrar alusiones que á él se referían, en las envueltas y misteriosas predicciones de los profetas de las sagradas escrituras.

Pero que este colorido romanesco de su espíritu le era también natural, y no sólo efecto



de las circunstancias, lo demuestran los quiméricos planes á que se entregó seriamente antes de haber ejecutado sus grandes descubrimientos. El proyecto de una cruzada para la reconquista del Santo Sepulcro, le habia meditado con toda madurez, sosteniéndole enérgicamente desde que hizo al gobierno español sus primeras proposiciones: sus entusiastas comunicaciones sobre este particular debieron hacer asomar la risa á los labios de un pontífice como Alejandro VI, y pueden servir de excusa, hasta cierto punto, de la tardanza con que la corona de Castilla acogió sus planes más racionales. Estos delirios extravagantes, sin embargo, nunca oscurecieron la clara luz de su entendimiento en lo que á su grande empresa se referia; y es muy curioso observar la profética minuciosidad con que designaba, no sólo la existencia, sino tambien los tesoros del mundo occidental, como lo demuestran las precauciones que tomó hasta el último momento de su vida, para asegurar íntegros á su posteridad los abundantes frutos que de él debian obtenerse.

Cualesquiera que fuesen los defectos de sus facultades intelectuales, el dedo del historiador no podria señalar fácilmente una sola mancha en su carácter moral. Su correspondencia respira el sentimiento de la más acendrada lealtad

á sus reyes: su conducta manifestó generalmente el mayor celo por los intereses de los que le seguian, habiendo gastado hasta el último maravedí que le quedaba en restituir á su desgraciada tripulacion á su tierra natal; y en todas sus acciones se ajustó siempre á los más estrechos principios del honor y de la justicia. Su última carta á los reyes, escrita desde las Indias, declama contra el uso de las medidas violentas que se tomaban para arrancar el oro de los naturales, considerándolas como igualmente escandalosas que impolíticas: parece que el gran objeto á que se consagra dilató su alma y la elevó sobre los mezquinos y artificiosos medios, por los que algunas veces se intentan conseguir grandiosos fines. Hay algunos hombres en quienes las más extraordinarias virtudes se encuentran reunidas, si no con verdaderos vicios, con miserias degradantes; el carácter de Colon no presenta contradicción tan humillante: ya le consideremos en su vida pública, ya le examinemos en su conducta privada, en todas ocasiones, en fin, ofrece á nuestra vista el mismo aspecto noble y elevado; estaba en perfecta armonía con la grandeza de sus planes, y los resultados de todo fueron los más sorprendentes que el cielo haya permitido jamás realizar á ninguno de los hombres

CAPÍTULO XLVI

Felipe y doña Juana.—Arbitrariedades de Felipe.—Disipacion y desarreglo.—Turbaciones por causa de la Inquisicion.—Don Fernando desconfia del Gran Capitan.—Se hace á la vela para Nápoles.—Lealtad de Gonzalo.—Muerte de Felipe.—Su carácter.—Gobierno provisional.—Estado de doña Juana.—Convocatoria de las Córtes.—Don Fernando es recibido en Nápoles con entusiasmo.—Su entrada en la capital.—Restablece á los angevinos en sus Estados.—Disgusto general.

No bien hubo don Fernando concluido su ajuste con el archiduque Felipe, y partido para sus dominios hereditarios, cuando éste y su esposa doña Juana marcharon á Valladolid, para recibir el juramento de las córtes que se hallaban reunidas en aquella ciudad. Doña Juana, víctima de su habitual melancolía, vestia un traje negro, más propio para tiempos de tristeza que para días de regocijo; y no quiso aceptar las espléndidas y magníficas fiestas con que la ciudad habia dispuesto felicitarla á su llegada. Su disipado marido, que hacia mucho tiempo que no la irataba, no ya con afecto, pero ni tampoco con el debido decoro, quiso persuadir á las Córtes que autorizasen la reclusion de su mujer, como demente, y que depositasen en él todo el gobierno: sostenianle en esto el arzobispo de Toledo y algunos nobles principales: pero fué este intento en extremo desagradable para los procuradores, que se irritaron en sumo grado por semejante ultraje contra su *reina natural*; y fueron sostenidos con tanto vigor por el almirante Enriquez, uno de los nobles más autorizados, por los vínculos de sangre que le unian con la familia real, que Felipe tuvo que renunciar por fin á su propósito, y contentarse con un acto de reconocimiento semejante al que antes se hiciera en Toro. Nadase habló del rey Católico, nide su último convenio con Felipe, por el cual renunciaba en este el gobierno; y el 12 de julio de 1506 se prestaron los acostumbrados juramentos de

fidelidad á doña Juana, como reina y señora, propietaria del reino, y á Felipe, como marido suyo, y finalmente á su hijo mayor, el príncipe Carlos, como presunto heredero y legítimo sucesor á la muerte de su madre.

Por el tenor de estos actos, parecia que la autoridad real se atribuia virtualmente á doña Juana; pero desde aquel punto, sin embargo, Felipe tomó en sus manos las riendas del gobierno, cuyos efectos se dejaron muy pronto conocer en el trastorno general que en todos los ramos se introdujo. Los antiguos y experimentados empleados fueron destituidos sin consideracion alguna, para hacer lugar á nuevos favoritos: los flamencos, en particular, ocuparon todos los puestos importantes; y á su guarda se confiaron todas las fortalezas y castillos principales del reino. Ni los largos servicios, ni la importancia de éstos sirvieron para nada á los que los poseian; el marqués y la marquesa de Moya, amigos personales de la difunta reina, y que habian sido especialmente recomendados por ésta al favor de su hija, fueron arrojados á viva fuerza de Segovia, cuyo fuerte alcázar se dió en custodia al ministro Juan Manuel; y no tenia, finalmente, límites la prodigalidad con que se conferian honras y heredamientos á este astuto favorito.

El método de vida que se estableció en la corte, fué el de la disipacion más inmoderada: las rentas públicas, á pesar de las generosas concesiones de las últimas Córtes, no bastaban